



Seix Barral

Juan José Saer



Cuentos completos



Prólogo de Fabián Casas



Juan José Saer
Cuentos completos
(1957-2000)

LA CONFERENCIA

El conferenciante entró jovial. Era en uno de los salones de la Real Academia de Ciencias de Bruselas y, si mis recuerdos no me engañan, iba a tratar el problema de los métodos de verificación de una suma: el conferenciante descartaba a priori la verificación estadística (por x número de personas) y la convicción subjetiva y de buena fe sobre el resultado. Pero tal vez se trataba más bien de lo contrario. Se sentó, desplegó sobre la mesa las hojas de una carpeta y, antes de comenzar a desarrollar su tema, contempló durante unos segundos la jarra transparente, sonrió como para sí mismo, y dijo:

Yo acostumbro a dormir la siesta antes de dictar una conferencia, para tranquilizarme, porque la obligación de hablar en público me pone siempre muy nervioso. Así que hace una hora tuve un sueño. Tres personas diferentes fotografiaban rinocerontes. Eran tres imágenes sucesivas, pero el método que empleaban para sacar la fotografía era el mismo: se internaban en el río hasta la cintura, y fotografiaban de esa manera al rinoceronte, que se encontraba a unos metros de distancia, en el agua. Se trataba de rinocerontes, no de hipopótamos. El último de los fotógrafos era un poeta amigo mío (al que no conozco personalmente). Era mi amigo en el sueño. Este poeta, de fama universal, me explicaba en detalle el procedimiento que se emplea habitualmente para fotografiar rinocerontes. Y, en nombre de nuestra vieja amistad, me regalaba la fotografía que acababa de sacar.

El conferenciante hizo silencio y recogió de entre sus papeles un rectángulo coloreado. Después, antes de comenzar la disertación propiamente dicha, concluyó su relato:

Tal vez ustedes crean que este sueño que acabo de contarles es pura invención. Y bien, estimados oyentes, se equivocan. Aquí tengo la prueba, dijo, y alzó la mano mostrando al público la fotografía en colores de un rinoceronte en un río africano, todavía húmeda, a causa sin duda de la proximidad del agua o del reciente revelado.

EL HOMBRE «NO CULTURAL»

Si pude dejar el diario y vivir sin trabajar, le escribe Tomatis al Matemático que vive en Estocolmo desde hace varios años, ha sido gracias a la herencia de un tío mío, el único hermano de mi madre, que era viudo y sin hijos cuando murió, de modo que no tuvo más remedio que dejarnos su pequeña fortuna, tres o cuatro casas bien ubicadas aquí en la ciudad y una cuenta en dólares en la Banca Nazionale del Lavoro, le escribe Tomatis. Había sido farmacéutico y un poco excéntrico, le escribe. Antes de jubilarse ya hacía años que no se ocupaba de la farmacia: el idóneo y un par de empleadas despachaban y mi tía Amalia, su mujer, que había hecho los estudios secundarios en la Escuela Comercial, atendía la caja. Él, mi tío Carlos, del que heredé también el nombre, se quedaba en su casa a leer en el fondo del patio, bajo los árboles si hacía buen tiempo, o en su estudio bien caldeado por una chimenea en las tardes de invierno. Sé lo que estarás pensando después de leer la frase que precede: que me dejó no únicamente su nombre y su fortuna, sino también ciertas rarezas de comportamiento. ¿Por qué no? Por algunas casas en perfecto estado y bien ubicadas en el centro de la ciudad y una cuenta en dólares, acepto los dos o tres inconvenientes que puedan venir en el paquete. Y Tomatis le escribe al Matemático: desde luego que estoy bromeando, porque se querían mucho con mi madre, a la que le llevaba varios años y, de toda la familia, yo era el único con el que se atrevía a hablar de lo que le interesaba en serio, sin temor de ser considerado un poco chiflado, le escribe.

Si bien sus intereses filosóficos fueron de lo más variados a lo largo de su vida, en los últimos tiempos parecieron concentrarse en un solo objeto o tema, que él llamaba, con un poco de ironía por cierto, le escribe Tomatis al Matemático que vive en Suecia desde hace varios años, «la exploración interna en busca del hombre no cultural». A veces comparaba su actividad a la del arqueólogo o a la del geólogo, y en más de una ocasión le oí decir,

acompañando su afirmación con una risita satisfecha, que pensaba publicar un opúsculo cuyo título sería: *Manual de espeleología interna*. Decía que los niveles inferiores eran difíciles de explorar, y que los hombres podían ser comparados al planeta en el que vivían, y que en tanto que individuos estaban constituidos, como la tierra, de cuatro niveles diferentes —cor-teza, manto, núcleo y semilla— y que de los dos últimos, igual que como ocurre con el cascote que nos aloja (la expresión es de mi tío Carlos), sólo conocemos la existencia por algunos efectos indirectos, gracias a alguna ciencia auxiliar como la sismología por ejemplo. Y agregaba que se trata-ba únicamente de una metáfora, aunque también según mi tío aplicado al globo terrestre ese vocabulario era puramente metafórico, le escribe Tomatis al Matemático.

Su tratado de espeleología interna nunca lo redactó, le escribe Toma-tis, pero ponía en práctica con frecuencia sus principios. Era un hombre jovial, le escribe. Caminaba bamboleándose un poco, como si se desplazara siempre en puntas de pie, lo que le daba el aire de estar disponiéndose a sorprender a alguien con una aparición inesperada o con alguna broma inocente. Pero era una forma de caminar que, vista desde el exterior, le daba al que lo observaba una impresión de bienestar contagioso, aunque tía Amalia sugería a veces que esa euforia tenue y constante tal vez hubiese podido ser atribuida a la irresponsabilidad. Como al Gato, le gustaba el vino blanco, y hasta en pleno invierno lo tomaba bien helado. Su defecto más notorio —aparte del de importarle lo que se dice un bledo los negocios del mundo— era que tenía teorías para todo, lo cual es bastante frecuente en los que sienten inclinación por la filosofía, pero que en él se agravaba a causa de los estudios más o menos científicos que había hecho para re-cibirse de farmacéutico. Pero ni opinaba ni aconsejaba, lo cual atenuaba su defecto y lo hacía menos irritante: se limitaba a proferir, como para sí mismo, la explicación de cada hecho y la solución de cada problema y, desinteresándose por completo de lo que podía pensar su interlocutor, pasaba en el acto y con versatilidad a otra cosa. Pero, si por casualidad percibía alguna preocupación en las personas que lo rodeaban, era solícito y generoso con ellas.

De su dichoso «hombre no cultural» puedo afirmar sin demasiada exageración que, por ser el oyente que tenía más a mano, me tocó beber, como se dice, el cáliz hasta las heces: en los últimos años era casi su único tema de conversación. A veces me explicaba que lo que buscaba cuando descendía hacia el fondo de sí mismo, no era un supuesto hombre de Cro-

magnon ni algún homínido anterior, africano o javanés, sino algo más arcaico todavía, demorado en los límites entre vida y materia que debían subsistir en alguna parte, en el fondo de cada uno de nosotros, el chorro de sustancia anterior a la forma en el que las meras reacciones químicas de los elementos combinados de manera aleatoria unos con otros, se encaminaban hacia la opción «vida», «animal», «hombre», «yo», etcétera, la franja incierta en la que, durante un lapso incalculable, la repetición del modelo todavía no había comenzado, y de la que debían sin duda quedar rastros en cada uno de nosotros. Había que pasar, según él, por peligrosas grutas interiores, de la conciencia a la vida y de la vida a la materia, en un descenso interminable y trabajoso, durante el cual un simple resbalón podía mandarnos al más negro y hondo de los abismos.

Cuando hacía buen tiempo, le escribe Tomatis al Matemático, se sentaba en el fondo del patio, a la sombra, en una perezosa de madera blanca, con el respaldo no demasiado inclinado, de modo que el torso y la cabeza formaban con las piernas estiradas horizontalmente un ángulo obtuso y, apoyando la cabeza en el respaldar de lona a rayas verticales rojas y blancas, cubría con la palma de la mano el dorso de la otra, a la altura del bajo vientre, y después de unos segundos de removerse con suavidad para encontrar la posición definitiva, se quedaba completamente inmóvil. No parecía ni respirar. La inmovilidad total podía durar diez o quince minutos, y los que no lo conocían solían pensar que estaba dormido o que todas sus funciones biológicas estaban interrumpidas, pero de pronto abría los ojos, pestañeando un poco y paseando la mirada vaga y remota por lo que lo rodeaba, como sin verlo, durante unos segundos, y después, volviéndolos a cerrar, corregía su posición en el asiento y se quedaba de nuevo inmóvil, le escribe Tomatis al Matemático que tuvo que irse a vivir a Estocolmo hace unos años, cuando los militares mataron a su mujer, y anduvieron buscándolo a él con el mismo fin en la época de la dictadura, aunque él no compartía las ideas políticas de su mujer, pero por lealtad había decidido discutir las solamente en privado con ella. Era el propio Tomatis el que, un poco menos de treinta años antes, le había puesto el sobrenombre de Matemático, por el que casi todo el mundo lo conocía, cuando se enteró de que, aunque la metafísica y la lógica no le eran indiferentes, estudiaba en realidad ingeniería química.

Se quedaba sentado horas en esa actitud, le escribe Tomatis. Las veces que pude observarlo me imaginaba que, olvidado de su envoltura mortal, estaría paseando un doble infinitamente pequeño de sí mismo por

las cavernas interiores, en busca de su propio eslabón perdido, el dichoso «hombre no cultural». Me parecía verlo atravesar corredores oscuros, desfiladeros húmedos y rocosos, siempre en declive hacia un fondo inaccesible del que, por mucho que bajara hacia él, durante horas enteras de exploración, no lograba nunca reducir la distancia, le escribe. El mundo exterior ya habría dejado de existir cuando hubiese alcanzado cierta profundidad, desde la que también el «yo» debía darle la impresión de ser un espejismo olvidado, y la conciencia un sueño incoherente y vago; los sentimientos, las emociones y las pulsiones, unas convulsiones imperceptibles y sin motivo, para no hablar de los instintos, semejantes a los deslizamientos de terreno provocados siempre por las mismas causas, allá en la altura remota, cerca de la superficie, le escribe Tomatis. Y realizaba ese descenso peligroso con el único objeto de alcanzar por fin la zona informulada, virgen de todo contacto humano y que sin embargo según mi tío no únicamente subsiste en el hombre y subsistirá mientras el hombre dure, sino que es su fundamento, el flujo prehumano que lo empuja hacia la luz, lo expone un momento en ella y por fin, con la misma energía caprichosa y neutra, lo arroja al centro mismo de las tinieblas.

Y Tomatis le escribe al Matemático: en las tardes de otoño y de primavera, y en las de verano si no hacía demasiado calor, se quedaba sentado en el fondo del patio hasta que anochecía. Algunos parientes afirmaban que estaba loco, pero los que lo conocían mejor y lo apreciaban se encogían de hombros y decían que en boca de mi tío Carlos la expresión «búsqueda del hombre no cultural» era un eufemismo por: «dormir la siesta». Con un aficionado a los enigmas, a los problemas y a las charadas como él es difícil expedirse, le escribe Tomatis. Pero las veces que pude observarlo, su total inmovilidad y la vaguedad de su mirada cuando abría los ojos me aterraban un poco, le escribe. Y cuando en el primer vientito del anochecer se levantaba con expresión satisfecha y se iba a la cocina a ver si la botella de vino blanco que había puesto en la heladera antes de instalarse en la perezosa ya estaba suficientemente fresca, parecía venir de más lejos que del fondo del patio, le escribe Tomatis al Matemático. De muchísimo más lejos, le escribe.

BIEN COMÚN

Formaban una parejita joven. Se habían casado no hacía mucho y trabajaban para una editorial catalana, vendiendo a domicilio libros de arte, diccionarios, enciclopedias, etcétera. A veces iban los dos de gira; otras veces, uno se quedaba en Madrid, mientras el otro salía de viaje, o si no, trabajaban zonas diferentes al mismo tiempo, en equipos diferentes, etcétera. Ganaban bien pero el trabajo era bastante duro, y les resultaba difícil afincarse, tener hijos, organizarse como una verdadera familia.

Aunque parezca extraño, el trabajo los dejaba insatisfechos, no desde el punto de vista financiero o en cuanto a la dignidad profesional, sino en un sentido ético: no estaban seguros, en ciertos casos, de que incitar a la gente a endeudarse para comprar enciclopedias interminables y costosas, no era una especie de chantaje. Muchos las compraban creyendo que un porvenir brillante o un cambio de situación social se manifestarían con la posesión de esos enormes volúmenes ilustrados, la mayor parte de cuyo contenido les era indiferente y caducaría tal vez mucho antes de que hubiesen terminado de pagarlos. Venderle a quien no tiene muchos recursos lo superfluo, haciéndole creer que le es indispensable, se parece bastante, para ser francos, a una estafa.

Por razones que se volverán comprensibles en seguida, es mejor no llamarlos por sus nombres; basta decir que tenían más de veinticinco años y menos de treinta, o sea que estaban viviendo el último tiempo de la juventud y entraban, como a través de un túnel a la vez vertiginoso y lento, todavía frescos, en la madurez. Ciertos aspectos de lo que podemos ser realmente permanecen ignorados en la infancia, y si a veces se nos revelan, bruscos, en la adolescencia, en muchos casos van mostrándose de a poco, en distintas etapas de la vida, de tal manera que, en sus postrimerías, a causa de tantos cambios súbitos o graduales, podemos descubrir que un desconocido, admirable, repelente o curioso —para el caso es lo mismo— ha usurpado el lugar del que creíamos ser.

Una noche —llevaban un año y medio más o menos de casados— ella volvió de un viaje con cara triste y preocupada y aunque el marido lo notó apenas la vio entrar, únicamente se decidió a preguntarle lo que le ocurría cuando, en la madrugada, los sollozos apagados de ella, que estaba acostada a su lado en la oscuridad, lo despertaron. Y, pidiéndole por favor que no encendiera la luz, la mujer, más desconsolada que culpable, le hizo la terrible confesión: por una singularidad de su modo de ser, cuyos motivos a ella misma se le escapaban, siempre le había atraído, desde mucho antes de conocerlo, la posibilidad de hacer el amor con desconocidos, y si el afecto sincero que sentía por su marido había ocultado durante cierto tiempo esa singularidad, esa semana en que había estado sola en un hotel de Ciudad Real, su irresistible inclinación la había vuelto a atrapar, hostigándola día y noche hasta obligarla a pasar al acto. El deseo súbito que la arrebató, afirmaba la muchacha, había sido como un ataque de locura, o como si, de golpe, hubiese pasado del mundo familiar a otro desconocido en el que únicamente su deseo existía, y todos los vínculos con su verdadera vida se hubiesen borrado. Antes y después de ese arrebató, en el mundo verdadero, era el amor por su marido y la vida en común que llevaban lo único que le importaba, y por esa razón se sentía menos culpable que desconsolada y perpleja.

El hombre la escuchaba aterrado, y esa noche de asco y aflicción se prolongó en un mes de pesadilla: recriminaciones y violencias, gritos y llantos, silencios y amenazas, pasaban de uno al otro, día tras día, en un desgarramiento prolongado. Decidían separarse para siempre, y unos minutos más tarde copulaban con rabia y desesperación en la noche insomne y sin fin. En vez de calmarlos, el alcohol los exasperaba, y sentían que el dolor y la furia nunca dejarían de crecer, hasta que al cabo de algunas semanas, el rencor, la tristeza y la impotencia, atenuándose, dieron paso a una calma insensible y gris. Ya no hablaron de separarse pero ella, para pagar de algún modo el precio de su singularidad, se resignó a responder, sin omitir un solo detalle, a los interrogatorios interminables acerca de su brusco arrebató a que él la sometía. Se vio obligada a contestar, una y otra vez, las preguntas más extrañas, relativas a la duración de su acto, a las posiciones en las que lo había realizado, al cuerpo del hombre, a la intensidad de su goce, a las frases que intercambiaron, al aspecto de la pieza donde habían estado, a la iluminación, al orden de los acontecimientos, a la hora. Mil veces las preguntas salían por entre los labios del hombre, que la miraba fijo mientras las formulaba, en busca de nuevos y curiosos detalles o de

una sempiterna confirmación, y mil veces ella le respondía con sinceridad exacta y escrupulosa, sin siquiera pensar en lo que esa sinceridad podía tener de hiriente para su marido. Y a tanto llegó esa exigencia de verdad que, cuando la tormenta pareció amainar, y siguieron viviendo en una calma aparente como si no hubiese pasado nada, ella se creyó en la obligación de decirle que no estaba segura de que en el futuro el arrebató no se repetiría.

Él la escuchó en silencio, pero era fácil adivinar en su mirada que ya que no podían separarse le pediría algo a cambio, lo que en efecto sucedió unos días más tarde: él, le dijo, la aceptaba como era, pero no quería que las cosas pasaran a sus espaldas o en su ausencia. Que esos arrebatos de ella, si él los aceptaba, eran un bien común que poseían y que debían administrar juntos. Perpleja y curiosa, y con cierto alivio también, porque esa propuesta la liberaba de sus sentimientos de culpa, la mujer aceptó.

Durante un año y medio más o menos, cuando viajaban juntos, la misma situación se repetía de tanto en tanto; en los hoteles de provincia donde se alojaban, no se inscribían como marido y mujer sino como simples colegas, y dormían en habitaciones separadas pero contiguas. Después del trabajo, recorrían los establecimientos nocturnos, y si la mujer se sentía atraída por algún desconocido —ya que su singularidad exigía que fuese un desconocido y que sirviese para una sola noche— el marido, en su papel de compañero de trabajo, los observaba a distancia, tomando de a tragos pausados su alcohol y haciendo tintinear distraídamente los cubitos de hielo contra el vidrio del vaso. El corazón le latía un poco más fuerte cuando las maniobras comenzaban. Y si las cosas parecían conducir al desenlace previsto, se alejaba en dirección al hotel, adelantándose a la pareja y, tendiéndose en la oscuridad de su cuarto esperaba, alerta y palpitante, que los otros llegaran. Cada ruido que los anunciaba, el ascensor o, si no había, los pasos en la escalera, en el pasillo, el ruido de la puerta al abrirse o al cerrarse, aceleraban los latidos, acrecentaban la ansiedad, reconcentraban la atención. Tendido inmóvil en la negrura, su ser entero estaba vuelto hacia los ruidos que venían de la habitación de al lado —risas ahogadas, murmullos, suspiros, quejidos, rechinar de metales y crujidos de madera, roce apagado de paños o rumor de seda— y que parecían penetrar en él no únicamente a través del oído, sino de cada milímetro de su cuerpo. Cuando el desconocido se iba, ella venía a la habitación y, en silencio, sin encender la luz ni intercambiar una sola frase (ella arañaba apagadamente la puerta y él iba a abrirla en la oscuridad) hacían el amor y se dormían hasta el día siguiente.

Si en el marido la inclinación por esas noches idénticas iba en aumento, en la mujer en cambio, la frecuencia de sus arrebatos e incluso el deseo de que se produjesen disminuían. Lo que había sido su única libertad, fue transformándose lentamente en una especie de obligación. Tenía la impresión de haber contraído una deuda infinita, que nunca terminaría de pagar. Al mismo tiempo, la voluntad de su marido parecía haber anexado su goce, transformándolo en un apéndice de su propio deseo. Ya no gozaba durante ese ritual repetido, solamente se limitaba a concentrarse en cada uno de sus actos para adecuarlo en forma escrupulosa al deseo de su marido. Una especie de indiferencia se apoderó de ella. Durante cierto tiempo, no logró entender lo que le pasaba y se dejó llevar por los acontecimientos, pero un día en que oyó a su marido, en el colmo de la exaltación, proyectar la construcción de un tabique delgado en su propia casa para que ella pudiese recibir desconocidos y él escuchar con más claridad desde la pieza de al lado, se dio cuenta de que había llegado el momento de intentar sobrevivir, así que sin decirle nada, aprovechando que él estaba de viaje, y dejándole una esquila de adiós, hizo sus valijas y cambió, no únicamente de ciudad, sino incluso de país, de continente y de nombre.

NIEVE DE PRIMAVERA

No hace mucho, en Viena, estábamos paseando por la Kettenbrückengasse, una avenida muy larga llena de pequeños y grandes atractivos, como la fachada florida de la Majolika Haus o, a unos pasos más allá, el cuartito en el que murió Franz Schubert (que cada uno decida cuál de esas dos atracciones turísticas es la grande y cuál la pequeña). En el paseo central de la avenida se despliega el Naschmarkt, que las guías señalan como «el mercado más animado de Viena», y que consiste en una doble hilera de puestos estables o ambulantes, abarrotados de mercadería, extendiéndose a lo largo de muchas cuadras.

Era un sábado a la mañana, un sábado de finales de marzo, el primer sábado de primavera para ser más exactos. Desde hacía dos o tres días habíamos andado, mi marido y yo, caminando por la ciudad, visitando parques y museos, y ese paseo por el mercado era uno de los más agradables de nuestra excursión. En todo el occidente cristiano, el sábado a la mañana es un momento exaltante, cuando el comercio exhibe su diversidad colorida, para volver más ilusoriamente festivo el descanso semanal de un día y medio que empezará alrededor de la una de la tarde, y si es cierto que el atardecer del sábado, cuando las ciudades se repliegan y se calman, preparándose para las fiestas nocturnas, es la hora más apacible y benévola, la agitación del sábado a la mañana despierta los deseos adormilados por una semana de trabajo, y pone otra vez en alerta máxima a los sentidos.

Somos italianos, no de alguna de esas ciudades que gozan de un prestigio universal y presentan un aspecto demasiado solemne y exuberante de significaciones a sus visitantes, sino de una ciudad exigua de clase media, desconocida para el mundo entero, y ubicada al norte de Verona, en el camino a Trento, a Bolzano, a Munich y a Salzburgo. Mi marido es arquitecto; yo, profesora de alemán. Ahora que los chicos son grandes, podemos escaparnos durante tres o cuatro días adonde se nos antoje. Lo

pasamos bien cuando estamos de viaje: sin apuro y sin pretensiones, más afectos al vagabundeo que a la dictadura de las guías turísticas, nos gusta abandonarnos, al azar, a los placeres de nuestra edad, una sorpresa arquitectónica, un jardín florecido, un paseo en tranvía, un museo confidencial, una buena cena.

En la primavera naciente, el clima nos deparó también sorpresas y trastornos, pero al mismo tiempo, gracias a eso, placer y novedad. Lo que en otras partes del mundo son chubascos primaverales, allá eran verdaderas tormentas de nieve, cortas y repentinas, pero tan fuertes que en pocos minutos el cielo, hasta ese momento de un azul intenso y brillante, se ponía negro, y la nevisca brumosa empezaba a caer, remolineando con violencia por espacio de quince o veinte minutos. Los colores animados de Viena se borroneaban en la nevada, la bruma, el cielo oscuro, el agua helada, y el pequeño mundo que había sido hasta ese momento reluciente, íntimo y acogedor, un poco cursi también a causa de su predilección por el mármol y los oros atormentados, se volvía lejano, extraño y fantasmal. En el reverso del despliegue verde, rosa y dorado, parecía flotar un país desconocido, sin lugar propio ni en el espacio, ni en el tiempo, ni en la experiencia. Un mediodía, esa penumbra incolora, que escamoteó en unos pocos minutos la transparencia soleada del aire, trajo a la rastra truenos y relámpagos que hacían vibrar las cosas con un estruendo amenazador, después de haberles otorgado durante unos segundos una palidez verdosa que las volvía todavía más espectrales. Y detrás de ese aluvión precipitado de nieve el sol brillante reaparecía con la misma labilidad repentina con que, unos momentos antes, se había volatilizado detrás de las capas espesas de nubes negras, haciendo destellar el follaje, las estatuas y las extensiones inmaculadas de nieve que cubrían el césped de los parques y de los jardines.

Lo que fue trastorno y sorpresa el primer día, al rato la costumbre lo transformó en broma, en estrategia, en delicia. Al azar de nuestros paseos íbamos alertas, tratando siempre de prever la nevisca y tener a mano el portal, la arcada, el museo o el café al que iríamos a refugiarnos cuando la tormenta se desencadenara. Pero el sábado a la mañana, mientras paseábamos por el Naschmark, entre la doble hilera de mariscos y de pescados del Danubio, de naranjas y de frutas exóticas, llegadas el día anterior del Brasil o de Madagascar, de bacalao en salmuera y de pepinos en vinagre envasados en Polonia, de extracto de tomate siciliano y de arenques del Báltico, dejándonos arrastrar por la muchedumbre y atascándonos a veces en los remolinos de gente, la tormenta de nieve fue tan densa, violenta y

repentina que, por no tener a mano uno de esos pequeños restaurantes húngaros donde sirven un goulash humeante y una buena jarra de cerveza por unas pocas monedas, nos metimos en el primer lugar que por decir así se nos presentó y que, como lo ostentaba sin inhibiciones la fachada azul y blanca, resultó ser una taberna griega.

Una música de la misma nacionalidad sonaba discreta, casi inaudible a decir verdad, sepultada bajo el murmullo de las conversaciones que se elevaba de las mesas ocupadas, que eran casi todas las que contenía el local. Divisamos una de las pocas que estaban libres y, después de desembarazarnos de nuestros abrigos salpicados de nieve, nos sentamos a tomar una copa de vino blanco para empujar el yogur con ajo, menta y pepino y el caviar de berenjenas que nos ayudaban a armarnos de paciencia para esperar algún plato caliente. Como habíamos estado caminando toda la mañana, descansábamos olvidados uno del otro, retraídos y silenciosos, observando las mesas vecinas y el ambiente animado que reinaba en el local. No sé en qué estaría pensando mi marido, pero en lo que a mí respecta, dos escenas singulares absorbieron mi atención.

En una mesa que se encontraba a varios metros de la nuestra, de modo que no podíamos oír la conversación, había una joven familia, el padre, la madre, un chico de unos tres o cuatro años y el hermanito menor, que no debía tener más de ocho o nueve meses. Lo primero que me llamó la atención fue la fealdad de la mujer: una serie de azares crueles había acumulado en su cara y en su cuerpo toda clase de desarmonías, de tal manera que el ojo, aunque habituado a la mediocridad sin redención posible del envoltorio humano, registraba de inmediato la evidente exageración de la mujer en un sentido estético negativo. Y, sin embargo, un manejo curioso tenía lugar en ese momento: su hijo mayor, parado sobre la silla, le hacía continuas y desproporcionadas demostraciones de amor que, de tan intensas y absorbentes, le impedían a la madre mantener una conversación normal con su marido u ocuparse del nene que la reclamaba desde su cochecito. El mayor, en puntas de pie sobre el asiento, abrazaba a su madre acariciándola todo el tiempo, apretándose contra ella, besándola en el cuello y en las mejillas, enredando los dedos en sus cabellos, como si la peinara, o cubriéndole los labios con la mano e incluso metiéndole los dedos en la boca para impedirle hablar. Era evidente que quería distraer la atención y acaparar el ser entero de su madre para su consumo personal, y si bien la madre no se abandonaba por completo, al mismo tiempo que trataba de comer y de hablar con su marido, se dejaba acariciar y devolvía de tanto en

tanto las caricias al chico que, al recibirlas, se mostraba exageradamente satisfecho, y hacía gestos demasiado ostentosos de arrobó y reconocimiento. Observándolos no pude dejar de pensar lo siguiente: para el niño, la mujer fea era la más hermosa del mundo y, cualesquiera hayan sido sus motivos, egoísmo, sentido histriónico, capricho, odio disfrazado de pasión, por más vueltas que se dieran para examinar la cuestión, la respuesta era siempre idéntica, a saber, que la mujer más fea del mundo era la más hermosa para su hijo, y que la rapsodia infinita de objetos diferentes que constituyen la música del universo, se resumía para la criatura en uno solo.

En una mesa más cercana, lo que me permitía escuchar la conversación, había un viejo que hablaba en voz demasiado alta con un señor maduro que parecía escucharlo con resignación. Era uno de esos viejos locuaces, antipáticos, y orgullosos del buen estado de salud en el que llegan a la vejez, como si fuese un mérito personal y no una mera consecuencia de la casualidad. Tomando largos tragos de vino blanco y engullendo sin parar enormes bocados de *musaka*, el viejo se burlaba de las celebridades que constituyen la gloria de Viena y atraen a tantos turistas. (De vez en cuando miraba de reojo hacia nuestra mesa, sin darse cuenta de que yo entendía sus palabras, lo cual tal vez le hubiese causado un regocijo suplementario.) Se refería con sarcasmo a Franz Schubert, que había muerto a los treinta y un años, y al hacerlo sacudía vagamente la cabeza en dirección al pequeño museo —el lugar de su agonía— que se encontraba en la misma calle; las treinta y tres operaciones a la mandíbula de Sigmund Freud le inspiraban un desprecio evidente y el destino de Webern, que se había hecho matar de un tiro por un soldado americano un anochecer en que había salido a la puerta de su casa a fumar un cigarrillo, le daba ataques de hilaridad desdeñosa. El viejo afirmaba que tenía ochenta y tres años y que hacía el amor dos veces por semana. Nunca había tenido que operarse; hacía cuarenta y ocho años que no había estado obligado a guardar cama y treinta y cinco que no consultaba a un médico. Su interlocutor parecía ponerse cada vez más deprimido y melancólico, convencido de que ese ser egoísta y desconsiderado, maníaco y locuaz que se pavoneaba en su mesa, lo enterraría. Todo tenía el aire de ser mera jactancia de borrachín, pero en un determinado momento el viejo formuló una norma, un concepto, una convicción sobre el tema que desarrollaba y que podría resumirse de la siguiente manera: *Un minuto de vida en buena salud vale más que todos los inventos, todas las teorías y todas las reputaciones. Las pretendidas obras maestras de Brueghel el Viejo que conservan los museos de la ciudad y los*

imponentes monumentos arquitectónicos, no pesan nada en comparación con el sabor de este vino que, en este mismísimo momento, pasa a través de mis labios y se despliega, durante unos segundos, con sensaciones intransferibles y con imágenes fugaces, en la zona clara de mi mente. Había insolencia, vulgaridad real y simulada, mal gusto y un poco de humor negro, mezclado a una pizca de furor, en esas insistentes declaraciones.

Yo simulaba no escuchar y al rato nomás paró la nieve y mi marido y yo salimos al sol de la Kettenbrückengasse. Me abstuve de comentar lo que había visto y oído, pero ese almuerzo inesperado que nos deparó la nieve de primavera, hizo nacer en mí una convicción profunda: digan lo que digan las guías turísticas, en los cafés de Viena las conversaciones tratarán de empirismo, de positivismo lógico y de muchas cosas más, pero habrá sido, es y será siempre en las tabernas griegas donde se discuta en serio de filosofía.